

MARIO ESCOBAR



EL INOCENTE

Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania. Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.

¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

Índice de contenido

Cubierta

El inocente

Agradecimientos

Nota del autor

Parte 1

1. Una noche estrellada
2. Duelo
3. Familia
4. Sueño
5. Duda
6. Culpa
7. Miedo
8. Fe
9. Adiós
10. Muerte

Parte 2

11. Sospecha
12. Traición
13. Testigo
14. Detención
15. Una vida en observación
16. España
17. Arma
18. No eres mi padre
19. Amor
20. Escaleras

Parte 3

21. Sospechoso
22. Recuerdo

23. Ambición
24. Tentación
25. Ojos de acero
26. Sueño eterno
27. Hijos
28. Condena
29. Presunto inocente
30. Vida

Epílogo

Sobre el autor

A todos los que una vez fueron acusados de un crimen que no habían cometido.

AGRADECIMIENTOS

A todos los que aman la intriga y el suspense.

A veces el que tiene más ojos
ve menos.

Benito Pérez Galdós

Toda felicidad es inocencia.

Marguerite Yourcenar

Inocente es quien no necesita
explicarse.

Albert Camus

La fuerza más fuerte de todas
es un corazón inocente.

Demócrates

NOTA DEL AUTOR

Todo lo que relato en este libro está inspirado en hechos reales, aunque muchos de los acontecimientos y nombres han sido modificados para proteger a las personas implicadas.

Mario Escobar

INOCENCIA:

Condición del que está libre de culpa o de pecado.

Falta de malicia, mala intención o picardía.

PARTE 1

1. UNA NOCHE ESTRELLADA

Lancaster, Pensilvania. Últimas noches de verano.

La pareja perfecta no existe. Al menos eso es lo que dice todo el mundo. Si hubiera alguna, sin duda esa sería la de Jeffrey y Annette. Los dos habían llegado a la edad en la que apenas afectan los comentarios hirientes de los adversarios, los halagos de aduladores o los abrazos de los amigos. Sabían quiénes eran, qué querían de la vida y qué debían disfrutar de cada uno de los instantes que les quedarán antes de que la muerte les separase. Se habían conocido a una edad en la que la mayoría de las personas comienza a desconfiar de las relaciones y prefiere vivir sola. Habían formado una familia maravillosa con los hijos de sus anteriores matrimonios y, sobre todo, eran conscientes del inmenso valor de las pequeñas cosas cotidianas. Si tuviera que ponerles un pero, seguramente sería que bebían demasiado. No lo hacían todos los días, pero los fines de semana se tomaban un par de botellas de oporto, algunas más de vino francés y media botella de *bourbon*. No eran alcohólicos, pero necesitaban distanciarse un poco de las cosas, mirarlas con perspectiva, como si fueran conscientes de que la felicidad es demasiado efímera para no temer perderla.

Aquella noche era encantadora. El final del verano, con su calor asfixiante y los días interminables, dejaba paso a tardes frescas y cielos tormentosos que inundaban de color el bosque que comenzaba justo en los límites de su jardín. Vivían muy próximos al río y les gustaba caminar por la ribera hasta que el sol parecía despedirse entre las ramas de

los árboles. Después tomaban una cena frugal en el jardín, bebían un par de copas y se marchaban a la cama con la agradable sensación de haber vivido un día perfecto.

Después de un largo y tranquilo verano con sus hijos, un viaje a París y una breve estancia en su casita en Ocean City, la rutina de charlas, conferencias, giras y lecturas comenzaba de nuevo a llenar sus agendas. Era cierto que Annette tenía más éxito que Jeffrey, aunque era algo normal y asumido por ambos. Ella era una conocida novelista de ficción y él un ensayista especializado en libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Las seguidoras de Annette se contaban por cientos de miles, mientras que los fans de Jeffrey apenas por millares. Por eso él se dedicaba más a la intendencia, como le gustaba llamarlo. Sus hijos eran mayores, la más pequeña acababa de entrar hacía unos días en la universidad, y la mayor, hija del anterior matrimonio de Annette, estaba en el último curso de la universidad estatal de Carolina del Norte. De no ser por sus multimillonarios ingresos como escritores hubiera sido imposible tener a cinco hijos en la universidad al mismo tiempo.

Jeffrey preparó dos copas de vino. Al día siguiente su esposa debía viajar en avión a Washington para participar en la lectura de una de sus novelas y no quería acostarse muy tarde.

—Ya es suficiente.

—Yo terminaré el resto —dijo Jeffrey guiñando el ojo. Tenían la costumbre de nunca dejar una botella a medias. Desde su viaje a Burdeos quince años antes, sabían que el oxígeno era el peor enemigo del vino.

—¿No tienes que escribir? Tu agente llamó otra vez ayer por la mañana, mientras paseabas por el río.

—No estoy tan retrasado. Le prometí el primer borrador hace una semana. No soy un robot —dijo Jeffrey con una sonrisa. Le encantaba escribir, pero le gustaba mucho más holgazanear, preparar la comida o salir de caza.

Ella frunció el ceño y se llevó la copa a los labios. Aquella era una de las cosas en las que eran más diferentes. Annette siempre cumplía sus compromisos, su marido podía tardar semanas en hacerlo. A pesar de haber servido en el ejército durante veinte años, Jeffrey era de todo menos disciplinado.

—¿Cómo ves a Jane? —preguntó la mujer cambiando de conversación.

—Jane es una buena chica. Algo tímida, pero no creo que tarde mucho en espabilarse. La universidad es una de las mejores escuelas de la vida.

—Ella es la que peor lleva lo de su madre.

—Sí, pero a veces los que parecen más débiles son los más fuertes.

Annette tenía sus dudas. Su exmarido era un hombre depresivo y tristón que le había amargado la vida durante más de una década. Algunas personas no cambiaban nunca, a menos que tuvieran ayuda profesional y se empeñaran en hacerlo.

—A veces tengo miedo de ella. No sé cómo puede reaccionar. Cuando no está depresiva se comporta algo nerviosa e incluso agresiva.

—Tiene dieciocho años, cariño. He criado a cuatro hijos yo solo. La adolescencia y la juventud son etapas complicadas. Encontrará su propio camino.

Annette dio un profundo suspiro. La pequeña Jane era uno de los hijos de su esposo por la que tenía mayor predilección, pero a veces la sacaba de sus casillas. Aquel mismo día habían chocado entre ellas, aunque había preferido no decirle nada a su padre. Annette le había reprochado que apenas hubiera tocado un libro desde que había comenzado las clases, la chica se puso como loca, tirando todo por la habitación y después se marchó dando un portazo y saliendo con el coche que le dejaban para ir a la universidad.

Annette sospechaba que estaba tomando algún tipo de droga, pero aún no quería alarmar a su marido. Ella siempre había sido bastante conservadora, chapada a la antigua, pero era consciente de que en la actualidad en los campus el alcohol y la droga parecían campar a sus anchas.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó su esposo algo preocupado. Sabía perfectamente cuando algo le rondaba la cabeza.

—Nada. Creo que me voy a ir a dormir.

La mujer miró la piscina iluminada y escuchó el gorgoteo de la depuradora. Estaba comenzando a refrescar. Dejó la copa a un lado y se acercó a su marido. Le dio un beso en la frente y él le aferró los muslos.

—Pensé que esta noche...

—Esta noche no Jeffrey. Tengo que descansar para el viaje de mañana —dijo retirándole los dedos y volviendo por el sendero hasta la casa. Las luces del suelo iluminaron su piel blanca y se giró antes de llegar al porche, para despedirse con la mano.

Jeffrey se quedó un momento con la vista perdida. Su esposa llevaba unas semanas algo rara, pero él lo achacaba a su bloqueo creativo y al peso de la casa. Ella prefería viajar y dejar las cosas de los chicos en sus manos, pero en verano no podía evitar estar con todos ellos a la vez. Annette necesitaba su espacio. Él también, pero sabía que uno de los dos debía estar encima de los chicos, al menos hasta que terminaran sus carreras y echaran a volar por ellos mismos.

Miró el teléfono móvil. Tenía un correo nuevo. Era de su amigo Peter para preguntarle cómo iba la precampaña. Hacía unas semanas se había presentado a candidato para la alcaldía. Aún quedaba mucho tiempo para las elecciones, pero muchos le veían como favorito. Era la primera vez que se presentaba al cargo un candidato independiente, pero Jeffrey y otros miembros de la clase alta de Lancaster esta-

ban hartos de la corrupción de casi todas las instituciones municipales, incluida la policía de Lancaster.

Tenemos que hablar. Me he enterado de algo grave.

El hombre frunció el ceño y se recostó de nuevo, tomó la copa de su mujer y la vació de un trago. Después se pasó algo más de una hora relajándose mientras veía estúpidos vídeos caseros o fotos de ejercicios físicos. Era un gran aficionado al culturismo y a pesar de rondar los cincuenta y cinco años se conservaba en perfecta forma. Después se puso en pie y notó cómo la cabeza se le iba un poco.

—¡Te estás haciendo viejo! —se dijo en voz alta mientras guardaba el teléfono en el bolsillo lateral de su pantalón corto. Caminó titubeante hasta el porche y entró en la casa. Era pronto y no había regresado ninguno de sus hijos. Un sábado por la noche era normal que intentaran disfrutar de los últimos fines de semana en casa. Subió las escaleras aferrado al pasamanos y en un par de ocasiones sintió que perdía el equilibrio. Notó un fuerte dolor en la espalda, lo que parecía significar que al día siguiente regresarían las lluvias. Hacerse viejo no era agradable. Te levantabas cansado, te dolían los huesos y sentías que el tiempo se esfumaba cada vez más deprisa, pero también tenía su parte positiva, había logrado alcanzar la paz en muchos sentidos.

Abrió la puerta de la habitación. La luz estaba apagada y apenas entraba claridad por la rendija de las cortinas. Se metió entre las sábanas y sintió un frío desagradable y húmedo. Le extrañó, esperaba que Annette hubiera templado la cama. Extendió el brazo, pero en lugar del cuerpo cálido de su esposa encontró un inmenso vacío; una soledad infinita que le hizo estremecerse de nuevo.